

LUCIANO WERNICKE

Historias insólitas de la Copa Libertadores

*Curiosidades y secretos increíbles
del torneo de clubes de fútbol
más prestigioso de América*

Los primeros años (1960-1969)

Vendidos

La semifinal de la Copa Libertadores de 1960 entre los clubes San Lorenzo de Argentina y Peñarol de Uruguay fue tan dura como pareja. El encuentro «de ida», jugado el 18 de mayo de 1960 en el estadio Centenario de Montevideo, el duelo finalizó 1 a 1 con tantos del argentino Carlos Linazza para el local y Norberto Boggio para la escuadra azulgrana. Seis días más tarde, en el coliseo Jorge Newbery del club porteño Huracán —luego rebautizado Tomás Ducó—, los 90 minutos discurrieron sin goles. Para quebrar la paridad y dirimir quién enfrentaría a Olimpia de Paraguay en la final, el reglamento proponía un tercer choque en una cancha neutral, para lo cual el estadio Nacional de Santiago de Chile se perfilaba como la mejor opción. Frente a este escenario, los dirigentes aurinegros se reunieron con los de Boedo para proponerles que el encuentro definitivo se realizara en la capital oriental, a cambio de una importante suma de dinero. Los directivos de San Lorenzo, encabezados por su presidente, Alfredo Bove, aceptaron. ¿Los motivos? Primero, que la Libertadores, en ese entonces, no gozaba del prestigio que destellaría con el paso

del tiempo. Segundo, que los uruguayos ofrecieron a sus pares del otro lado del Río de la Plata mucho más dinero del que se había recaudado en el partido semifinal jugado en Huracán, donde apenas habían pagado su entrada unos 15 mil espectadores. En el primer encuentro, Peñarol había convocado unas 55 mil personas, cantidad que se esperaba repetir en el match definitorio. El 29 de mayo, ante unos 46 mil hinchas de Peñarol, la escuadra oriental se impuso por 2 a 1 (dos del ecuatoriano Alberto Spencer, uno de José Sanfilippo para la visita) y se clasificó para enfrentar a Olimpia. «A nosotros recién nos avisaron cuando todo estaba cocinado. Yo, como capitán, no hubiera aceptado de ninguna manera» el cambio de sede, afirmó Sanfilippo muchos años después. Según «El Nene», «entonces los dirigentes tomaban las decisiones sin consultar. Lo decidió un hombre que tocaba el violín (una irónica referencia a Bove), cuando enfrente estaba un tipo como Washington Cataldi, quien era un dirigente fenomenal. Lo dio vuelta como una media. Fue una lástima, porque ese desempate teníamos que haberlo jugado en Chile o en otro campo neutral». San Lorenzo dilapidó, así, la oportunidad de jugar la final de la primera edición de la Copa. El club azulgrana debió esperar cincuenta y cinco años para desquitarse de esa derrota en la cancha y en el escritorio.

Lluvia naranja

El ambiente estaba muy denso en el estadio Puerto Sajonia —rebautizado tiempo después Defensores del Chaco— de Asunción. Luego del triunfo del Club Atlético Peñarol en la primera final (1 a 0 con un tanto del ecuatoriano Alberto Spencer), el secretario de la CONMEBOL, el paraguayo Lydio Quevedo, había cometido el desatino de formular polémicas

declaraciones a la prensa que acicatearon los ánimos de los hinchas del Club Olimpia: «Los uruguayos se olvidan que tienen que ir el domingo próximo a Asunción», desafió el directivo. La desafortunada frase del dirigente fue recogida por el diario montevideano *El País*, lo que alarmó a los futbolistas orientales que debían viajar a la capital paraguaya. «El señor Lydio Quevedo, secretario de la CONMEBOL, luego del encuentro disputado ayer por el equipo campeón de su país frente a Peñarol, nos hizo declaraciones en momentos en que se encontraba presa de gran excitación. En fuerte tono nos expresó: “La pésima actuación de los árbitros le dio la victoria a nuestro rival. El señor Robles (por el referí chileno Carlos Robles Robles) cobró fallos inadmisibles que culminaron con la injustificable expulsión de (Claudio) Lezcano, agredido por Spencer y no agresor como lo presentó el árbitro. Igual actuación le cupo al juez de línea (Juan Carlos) Armental, que desde la iniciación del partido vio faltas imaginarias de nuestros players (para los primeros años de la competencia, la CONMEBOL había decidido que, a fin de abaratar costos, se jugara con jueces de línea locales). Peñarol actuó con mucha reciedumbre. Parece que se olvidan que tienen que jugar el otro partido en Asunción”», publicó *El País*. Oviedo contagió su furia a los hinchas y, el 19 de junio de 1960, el «Carbonero» fue recibido de manera muy hostil por 35 mil personas enervadas. Además de insultos y amenazas, los futbolistas aurrinegros fueron recibidos a naranjazos arrojados desde las tribunas. Varios de los protagonistas sufrieron en carne propia el dulce impacto de la fruta. Aunque esporádica, la lluvia de proyectiles se mantuvo hasta que el delantero de Olimpia Hipólito Recalde abrió el marcador. A partir de allí, la alegría se apoderó de las tribunas. Los simpatizantes se olvidaron por un rato de los rivales y se dedicaron a saborear la ventaja y tomar los cítricos sólo para saborear su dulce jugo. Pero, cuan-

do Luis Cubilla empató el encuentro, a los 83, los naranjazos volvieron a la carga. Tan intenso resultó el bombardeo que, cuando el referí argentino José Luis Praddaude pitó el final, los once jugadores visitantes corrieron a refugiarse a su vestuario. Sin «vuelta olímpica» ni ceremonia de entrega de premios, los campeones de la primera edición de la Copa Libertadores debieron resignarse a festejar en la intimidad. De regreso al hotel, los uruguayos prefirieron brindar con champán. El juego de naranjas no había resultado tan saludable como habían creído.

Todos extranjeros

El club Independiente Santa Fe jugó seis partidos en la Copa Libertadores de 1961, en los que marcó once goles. Todas las conquistas fueron conseguidas por futbolistas no colombianos: diez las anotaron los argentinos Osvaldo Panzutto (cuatro), Alberto Perazzo (tres), Roberto José Castro (dos) y Ricardo Mottura (una). La onceava fue obra del boliviano Óscar Claude Méndez, jugador del club Jorge Wilstermann, quien batió su propio arco. Los compañeros de Claude Méndez no se quejaron demasiado por el «bloop»: egresado de la Facultad de Medicina de Cochabamba, el defensor era, al mismo tiempo, el doctor del plantel.

¿Papelón?

El 7 de mayo de 1961, en el estadio Nemesio Camacho, «El Campín» de Bogotá, un solitario gol en contra del zaguero visitante Óscar Claude Méndez —como se indicó en la historia anterior— equilibró los cuartos de final de la Copa Libertadores entre el Club Independiente Santa Fe de Colombia y el

Club Deportivo Jorge Wilstermann de Bolivia. Luego de un 3 a 2 en el coliseo Félix Capriles de Cochabamba a la ida y el estrecho 1 a 0 en la capital colombiana, el duelo quedó igualado en puntos y diferencia de goles (no se tuvo en cuenta si fueron marcados como «local» o «visitante»). Como en esos tiempos no se había oficializado todavía la incorporación de la serie de disparos desde el punto del penal como desequilibrante, el reglamento contemplaba que la contienda debía resolverse con un tercer partido. En un primer momento, los directivos de los dos equipos pactaron disputar ese encuentro en «El Campín» el domingo siguiente, 14 de mayo. Pero, según informó el diario *El Tiempo* de Bogotá en su edición del martes 9 de mayo de 1961, los representantes del equipo boliviano dieron marcha atrás con el acuerdo porque con la estadía de una semana en la capital cafetera «perdían diez mil dólares». Para resolver la controversia, los dirigentes de ambas escuadras acordaron realizar un sorteo en la sede de la ADEFUTBOL (denominación que tenía en ese tiempo la Federación Colombiana de Fútbol), que destrababa la paridad sin necesidad de jugar. «Dos papeletas fueron dispuestas para decidir el equipo que continuaría en el Campeonato de Campeones de América. La del Wilstermann, firmada por Jorge Rojas, y la de Santa Fe, por Jorge Ferro. Para sacar la papeleta, en medio de la expectativa de quienes seguían el proceso, fue encargado Jorge Garcés, ex miembro de la ADEFUTBOL. La primera que fuera sacada indicaba el equipo que quedaría eliminado. Sacada la papeleta, le correspondió a Eduardo de Castro leer el nombre del Jorge Wilstermann para anunciar su eliminación. Así pues, tres Jorges tomaron parte en la eliminación de un cuarto Jorge, Wilstermann», relató *El Tiempo*. La delegación aviadora aceptó el resultado y regresó a Cochabamba. Sin embargo, un par de décadas más tarde, Jorge Rojas Tardío, quien había sido presidente de Wilstermann cuando se jugó esa llave, de-

nunció que «el sorteo fue un fraude. Después de muchos años nos enteramos de que la decisión de la CONMEBOL era eliminar a Wilstermann y clasificar a Santa Fe a las semifinales». Rojas Tardío aseveró que «los dos papелitos que estaban en el sombrero el día del sorteo tenían el nombre de Wilstermann» y que «el árbitro de ese partido (el argentino Luis Ventre) nos confesó que había sido obligado a proceder de esa forma» y avalar el supuesto fraude. Lo cierto fue que, con trampa o sin ella, «Los Cardenales» pasaron a las semifinales, instancia en la que fueron eliminados por la Sociedade Esportiva Palmeiras de Brasil, tras un empate 2 a 2 en Bogotá y un inapelable 4 a 1 en el estadio municipal Paulo Machado de Carvalho de San Pablo, también reconocido como «Pacaembú». Si don «Tardío» se hubiera llamado «Rápido» o «Ágil», tal vez hubiera denunciado la presunta estafa a tiempo y otra habría sido la historia.

Más naranjas para un guapo

Casi un año después de que su vuelta olímpica fuera desahuciada a naranjazos, el Club Atlético Peñarol de Uruguay debía retornar a Asunción para volver a enfrentar al Club Olimpia de Paraguay por las semifinales de la Libertadores de 1961. Los dirigentes de la escuadra uruguaya, que había vencido a su rival por 3 a 1 en el encuentro «de ida» en el Centenario de Montevideo, trataron de convencer a uno de sus baluartes, José «Pepe» Sasía, para que no viajara a la capital guaraní. Enterados del clima de violencia que se esperaba para la revancha, fogueado por las declaraciones de los futbolistas «franjeados» a su retorno de la capital oriental, y conscientes de que Sasía había mantenido duros cruces con varios de sus rivales, los directivos temían que la presencia del delantero nacido en

Treinta y Tres encendió la parcialidad local y el recibimiento en el estadio Manuel Ferreira (el bravo reducto de Olimpia en el barrio Mariscal López de la capital paraguaya) fuera mucho más violento que el año anterior, dada la proximidad del público con los jugadores, más estrecha que en el gran coliseo de Puerto Sajonia. Sasía —quien no había disfrutado de la final del año anterior porque en ese momento actuaba en el Club Atlético Boca Juniors de Argentina— no aceptó las razones planteadas y respondió con una amenaza: «Si no viajo, me voy del club». Derrotados por la férrea actitud del valiente atacante, los dirigentes claudicaron y «Pepe», finalmente, integró el plantel que se trasladó hacia Asunción. Es más: encabezó la fila de jugadores que salió a la cancha, en medio de una lluvia de naranjazos. Empezó la revancha y Olimpia abrió el marcador a los 10 minutos por intermedio de Claudio Lezcano. Otra vez, la parcialidad local cambió los proyectiles por gritos eufóricos, convencidos de que, por fin, la victoria se le daba a su equipo. Pero, a los 77 minutos, el árbitro argentino José Luis Praddaude (otro «valiente» que había aceptado retornar a la complicada tierra guaraní) sancionó un penal para Peñarol. Sasía asumió la ejecución con gallardía: colocó el balón, sacó pecho y soportó estoico una nueva catarata de cítricos, condimentados por filosos cascotes. «Tardé como diez minutos en tirarlo porque desde las tribunas llovían piedras y naranjas. Tomé una que estaba madura y me puse a comerla mientras el juez esperaba que la hinchada se acomodara», recordó varios lustros más tarde. «Pepe» clavó el empate desde los once metros y, tres minutos después, ejecutó un tiro libre que manoteó el arquero Asunción Caballero, pegó en el travesaño y cayó a los pies de Luis Cubilla, quien consiguió el 1-2 que ya no se modificaría. «Lo peor —continuó Sasía— pasó cuando el juez pitó el final: no nos podíamos arrimar al túnel, porque era una cortina de proyectiles. Estuvimos como dos horas en el círcu-

lo central. En el vestuario, ya de noche, trataron de forzar la puerta. Si llegaban a entrar, no la estaría contando.»

El culo de Peñarol

Las crónicas deportivas del año 1961 coinciden en otorgarle una gran porción de la Copa Libertadores ganada por el Club Atlético Peñarol a un culo. Y no por hacer referencia a una cuestión del azar o la buena fortuna, sino por la oportuna (o inoportuna, según se vea) intervención de las nalgas de un defensor de su rival en la serie definitiva, Sociedade Esportiva Palmeiras. El 4 de junio, la primera final entre el equipo uruguayo y el brasileño se iba sin goles hasta que, a los 89 minutos, un saque defectuoso del arquero visitante Valdir Joaquim de Moraes, de aire y desde el borde del área, voló desorientado y rebotó en los glúteos de Djalma Pereira Dias dos Santos —un notable zaguero bicampeón mundial en Suecia 1958 y Chile 1962 con la selección «verdeamarela»—, quien se encontraba de espaldas y desentendido de la jugada, saliendo en achique hacia el mediocampo. Tras el impacto en la cola, la pelota cayó a los pies del hábil Luis Cubilla, quien, pícaro, aprovechó el desconcierto de la defensa paulista para lanzar un centro preciso para la entrada veloz de Alberto Spencer. El ecuatoriano, solito ante Waldir, definió con tranquilidad para liquidar el duelo y regalarle a su equipo media Copa. Una semana más tarde, en el Estadio Municipal Paulo Machado de Carvalho de San Pablo, conocido como «Pacaembú», Peñarol coronó su labor con un empate a uno (José «Pepe» Sasía volvió a ser el héroe auri-negro al abrir el marcador a los dos minutos) que le otorgó su segundo título continental. Título que, para algunos, se ganó «de puro culo».

Festejo negro

El árbitro Rodolfo Llanes no entendía qué sucedía. Montevideo Wanderers Fútbol Club y Rampla Juniors Fútbol Club protagonizaban un partido muy tranquilo esa tarde del 11 de junio de 1961, por el torneo de Primera División uruguayo. Llanes advirtió que uno de sus líneas, Feliciano Cacheiro Sánchez, agitaba su banderín, pero no lograba entender la seña, puesto que él no había percibido ninguna anormalidad de ese lado del campo de juego. Intrigado por tanto aspaviento, el referí se acercó a su colaborador para preguntarle qué ocurría. Cacheiro Sánchez, fanático hincha del Club Atlético Peñarol, no podía dominar un ataque de euforia: «¡Gol del “Pepe” en San Pablo!» Sucedió que Peñarol jugaba, en ese mismo momento, el partido «de vuelta» de la final de la Copa Libertadores ante Sociedade Esportiva Palmeiras, en el estadio «Pacaembú», y el tanto de José «Pepe» Sasía le daba a la escuadra uruguaya su segundo trofeo continental. Cuando salió de su estupor, Llanes ordenó la reanudación del partido. El resto del encuentro, para evitar un eventual contratiempo, optó por ignorar a su fanático asistente.

Promedio

La Copa Libertadores de 1962 fue la de mejor promedio de gol, 4,12 por partido, producto de 107 conquistas en 26 juegos. No se registraron empates en cero —como tampoco en la edición anterior, 1961, aunque en ella sólo se disputaron 16 juegos— y se concretaron goleadas muy importantes: en la primera fase, Santos Futebol Clube goleó por 9 a 1 a Cerro Porteño de Paraguay y por 6 a 1 al Club Deportivo Municipi-

pal de La Paz de Bolivia, en tanto que el Club Sport Emelec de Ecuador aplastó por 7 a 2 al Club Deportivo Universidad Católica de Chile. Además, solamente cuatro veces en 26 duelos un equipo terminó con su marcador en blanco.

Commisericórdia

Un insólito fallo arbitral le impidió al ecuatoriano Enrique «El Maestrito» Raymondi conservar hasta hoy el récord goleador en un solo encuentro en la Copa Libertadores. El 22 de febrero, en el estadio Modelo (luego rebautizado Alberto Spencer), el Club Sport Emelec fue sorprendido por el Club Deportivo Universidad Católica, que esa jornada se puso rápidamente en ventaja, por 2 a 0, con tantos de Alberto Fouilloux y Orlando Ramírez. De la mano de Raymondi, los azules revirtieron el dominio del juego con gran presteza y se colocaron 7 a 2 arriba con cinco de su goleador y otros dos de Vicente Lecaro (de penal, algo también curioso, ya que pudo haberlo tirado Raymondi) y Jorge Bolaños. «Recuerdo que antes de llegar a Guayaquil, la dirigencia y los jugadores de Universidad Católica le habían dicho a la prensa de su país que enfrentarían a un equipo de segunda. Cuando terminaron goleados, se fueron mudos», rememoró «El Maestrito». Pero lo que más amargura le provocó fue una insólita actitud del referí uruguayo Pablo Vaga: «En una jugada que para mí fue válida, anoté el octavo gol, pero el árbitro terminó anulándolo. Cuando le pedí una explicación, (Vaga) me dijo: “Ya llevas cinco goles, déjate de reclamar. ¿Para qué vas a marcarle más goles a esos pobres chilenitos?”» Raymondi se consagró como máximo goleador de esa Copa Libertadores, junto al brasileño Antônio Wilson Vieira Honório «Coutinho» de Santos Futebol Clube de Brasil y su compatriota Al-

berto Spencer, de Peñarol de Uruguay, tras haber conseguido seis tantos en cuatro partidos. Su marca como máximo artillero en un solo encuentro del torneo continental quedó destruida el 7 de abril de 1985, cuando el argentino Juan Carlos Sánchez Frías, del Club Blooming de Bolivia, le metió seis gritos al desaparecido Deportivo Italia Fútbol Club de Venezuela durante un tremendo 8 a 0. ¿Los pobres chilenitos? Ganaron el grupo tras haber superado al «poderoso» Emelec, 3 a 0 en su tierra, y haber obtenido el único punto como visitante de la zona, ante el tercer integrante del cuadro, Millonarios Fútbol Club de Colombia.

Resultado apócrifo

Las reacciones de los hinchas frente a un resultado adverso han generado, en innumerables oportunidades, verdaderos infiernos dentro de los estadios de fútbol. Frente a una multitud encolerizada, algunos árbitros han recurrido a un insólito mecanismo de contención en pos de detener el estallido de una olla a presión y proteger sus vidas, las de sus colaboradores y las de los futbolistas: la simulación. En canchas de los cinco continentes ha sucedido que un referí, en general con la complicidad de los jugadores como coprotagonistas, ha montado una improvisada obra de teatro para hacer creer a un público violento que su equipo empataba o ganaba y así trastocar el humor de la gente, aunque en realidad el partido «oficial» ya había sido suspendido. Probablemente, la más célebre de estas actuaciones ocurrió el 2 de agosto de 1962 en el estadio Urbano Caldeira de Santos Futebol Clube, donde la escuadra local enfrentaba al Club Atlético Peñarol en la revancha de la final de la Copa Libertadores de 1962. Como se puede apreciar en este trabajo, este certamen ha sido un constante escenario de

conflictos entre el público y los protagonistas, muchas veces teñido de un falso nacionalismo. El equipo blanco, sin Edson Arantes do Nascimento «Pelé», lesionado en el Mundial de Chile de ese año, había vencido como visitante a su rival uruguayo en el mítico Centenario de Montevideo, 2 a 1, y con un empate en casa se aseguraba su primer título continental. El árbitro de la revancha, el chileno Carlos Robles Robles, contó a la ya desaparecida revista *Triunfo* de su país que, antes del inicio del match, un hincha local ingresó a su vestuario armado con un revólver, al grito de «Santos tiene que ganar como sea». Robles aseguró que, sereno, le contestó: «Para atemorizar a un chileno hacen falta cien hombres, así que vaya a buscar a los que faltan». El partido comenzó y, al finalizar el primer tiempo, Santos se fue al descanso arriba en el tanteador, otra vez 2 a 1. Pero, en el complemento, los orientales sacaron a relucir su bien ganada chapa de guapos, adquirida en el «Maracanazo» del Mundial de Brasil 1950, para dar vuelta el tanteador mediante sendas conquistas del ecuatoriano Alberto Spencer (a los 49) y el charrúa José «Pepe» Sasía (a los 51). La remontada visitante enloqueció a los hinchas brasileños —se dijo que los espectadores habían visto a Sasía arrojar tierra a los ojos del portero Gilmar dos Santos Neves en la jugada previa al tercer gol visitante, algo que no fue advertido por Robles ni por sus colaboradores—, al punto que comenzaron a arrojar todo tipo de proyectiles a la cancha. En un córner, una botella noqueó al referí chileno. En el informe que elevó a la CONMEBOL, el árbitro explicó: «Transcurrían siete minutos del segundo tiempo y en circunstancias en que había cobrado un tiro de esquina a favor del equipo de Santos, al tomar mi ubicación cerca del vertical, me fue lanzada una botella, la que me pegó en el cuello. Debido a esto quedé semiinconsciente y momentáneamente ciego. Al recuperar la lucidez me encontré en los vestuarios rodeado de dirigentes.

Por lo expresado más arriba, decidí suspender el match por no tener garantías para desarrollar mi misión. Personeros directivos brasileños trataban de convencerme para que continuara el partido, a lo cual me negué rotundamente. Debido a mi actitud fui amenazado por el presidente de la Federación Paulista, João Mendonça Falcão, quien me dijo que si no continuaba dirigiendo el match, él, como diputado, me haría detener por la Policía. Como yo mantuve mi decisión, me insultó delante de mis compañeros, (Sergio) Bustamante y (Domingo) Massaro, diciéndome “ladrón, cobarde, yo puedo probar que usted es un sinvergüenza”. Otras dos personas que habían entrado al vestuario pretendiendo hacer cambiar mi actitud, los señores Luis Alonso, entrenador de Santos, y el presidente del club, Athie Jorge Coury, me insultaron y dijeron que ellos no respondían por mi vida al salir del estadio». Los hombres de Peñarol, asimismo, recibieron una lluvia de objetos —piedras, envases de vidrio de cerveza— y amenazas de muerte de espectadores, rivales y hasta de algunos policías que, supuestamente, debían protegerlos. En ese peligroso contexto, Robles sacó de su manga el as que le permitiría retornar a su casa sano y salvo. Tras una suspensión de 51 minutos, el referí regresó al campo de juego y reunió en la mitad del campo a los uruguayos Sasía, Néstor Gonçalves y el arquero Luis Maidana y les confesó que el partido ya estaba suspendido pero que haría jugar los 39 minutos restantes para distender la situación. «Muchachos, ayúdenme porque, si no, nos matan a todos», rogó el juez. El match se reanudó y, en pocos minutos, Santos «empató» a través de su delantero Paulo César «Pagão» Araújo. Los hombres de Peñarol casi no volvieron a pisar el área rival, hecho que pasó inadvertido para hinchas, jugadores y dirigentes del equipo paulista, que tras el pitazo final desataron un festejo desorbitado. Ninguno de ellos, como tampoco los periodistas, se enteró de la puesta en escena. De hecho, diarios

como el matutino *O Estado* titularon en sus ediciones del día siguiente «Santos empató: es campeón de América». El baldazo de agua fría llegó horas después, cuando la CONMEBOL anunció la anulación de la igualdad, ratificó la victoria visitante y ordenó que ambos clubes se enfrentaran en un tercer y definitivo duelo en Buenos Aires, cuatro semanas más tarde, dirigidos por el prestigioso referí holandés Leo Horn. El 30 de septiembre, casi un mes después del gravísimo episodio y con Pelé ya recuperado, Santos aplastó a Peñarol 3 a 0 en el «Monumental» de River Plate. El «Rei» metió dos goles y el otro fue en contra del zaguero Omar Caetano. Los brasileños tuvieron al fin su anhelado trofeo. Los jugadores orientales, al igual que el chileno Robles, al menos vivieron para contarla.

¿Genovés o milanés?

Para enfrentar a la Universidad de Chile por el grupo 3 de la Copa Libertadores de 1963, el utilero del club argentino Boca Juniors debió recurrir a un juego de camisetas alternativo, ya que la escuadra trasandina utiliza normalmente un uniforme totalmente azul similar al «xeneize» (gentilicio del dialecto genovés que caracteriza a Boca y significa, precisamente, «genovés»). Para superar el inconveniente cromático, en tiempos en los que no estaban popularizados los auspicios de empresas de ropa deportiva, el encargado desempolvó —con el consentimiento del presidente de la institución, Alberto José Armando— un juego de remeras que el club italiano Associazione Calcio Milan le había regalado a su par argentino al acordarse el traspaso del mediocampista peruano Víctor Benítez, un año antes. El 26 de junio de 1963, Boca salió a su cancha —«La Bombonera», llamada oficialmente entonces Camilo Cichero— con el uniforme lombardo, hecho que no conformó a los futbolis-

tas locales. En el entretiem po, varios jugadores le indicaron al técnico Arcadio López —quien actuó ese día como «interino» luego del despido de José D'Amico y antes de la contratación de Aristóbulo Deambrossi— que no se hallaban cómodos con ese atuendo. Boca, entonces, salió a disputar el complemento con una camiseta completamente amarilla. Con ese nuevo color, el equipo ribereño logró imponerse con un único tanto de Alberto González.

Viaje accidentado

El periplo de Botafogo de Futebol e Regatas de Brasil en la primera fase de la Copa Libertadores de 1963 fue terrorífico. Los problemas comenzaron antes de partir del Aeropuerto Internacional de Galeão —luego rebautizado Antônio Carlos Jobim— de Río de Janeiro para competir contra el Club Alianza Lima en Perú y Millonarios Fútbol Club en Colombia. Horas antes del despegue, el delantero Amarildo Tavares da Silveira sufrió un insólito accidente cuando se dirigía en su automóvil particular, un Renault Gordini, hacia la estación aérea. Amarildo, quien era llamado por sus compañeros «el rey de las curvas» por su supuesto talento para conducir, perdió el control de su vehículo sobre una autopista a pocas cuadras del aeropuerto: el auto rompió la valla de contención de un puente y cayó desde unos cinco metros de altura. Por milagro, tanto Amarildo como quien lo acompañaba en ese viaje por tierra y aire, el defensor Joel Camargo, salieron ilesos del Gordini, que en cambio terminó destrozado. «El susto fue tan grande que Joel y yo nos pasamos casi todo el viaje tocándonos los brazos y las piernas para asegurarnos de que no nos habíamos roto ningún hueso», relató Amarildo años más tarde. En realidad, los dos jugadores subieron al avión

sedados con ansiolíticos que les había suministrado el médico del plantel para calmar sus nervios. Ya en Lima, tras derrotar a Alianza por 1 a 0 el 30 de junio en el estadio Nacional, un dirigente carioca convenció a sus futbolistas para disputar un amistoso ante Sporting Cristal, con el propósito de recaudar fondos antes de partir hacia Bogotá, donde debían enfrentar a Millonarios el 7 de julio. «La gira resultó más cara de lo previsto y no tenemos dinero», argumentó el directivo. El día que Botafogo enfrentó a Sporting Cristal, 4 de julio, cayó sobre la capital peruana la tormenta más violenta de los últimos cuarenta años. El aguacero provocó que las tribunas del coliseo limeño estuvieran vacías y la recaudación apenas superara el cero. Para colmo, la noche antes de partir hacia la capital colombiana, un sismo alarmó a los futbolistas cariocas, que no pudieron volver al sueño tras ser despabilados en su hotel por los sacudones del piso y los vaivenes de arañas y mobiliario. Aunque mal descansados, los muchachos de Botafogo llegaron ilesos a Bogotá, donde el 7 de julio doblegaron al fuerte equipo de Millonarios por 2 a 0 en el estadio Nemesio Camacho, «El Campín». La gira por Perú y Colombia resultó agotadora y deficitaria (diarios de la época aseguran que el equipo de Río de Janeiro perdió unos dieciséis millones de cruzeiros, algo más de veinte mil dólares que, entonces, era una pequeña fortuna). Al menos, después de tantos contratiempos, Botafogo retornó a casa con dos victorias que le aseguraron el paso a la siguiente ronda de la Libertadores.

Primer faltazo

Enterados de la odisea económica sufrida por el equipo brasileño Botafogo de Futebol e Regatas, los dirigentes de Millonarios Fútbol Club de Colombia tomaron papel y lá-

